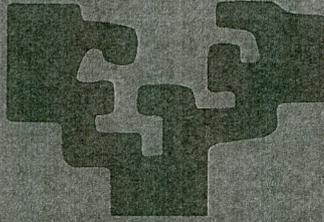


eman ta zabal zazu



universidad
del país vasco

euskal herriko
unibertsitatea

**UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA**

**DEPARTAMENTO DE FILOLOGIA INGLESA Y ALEMANA
INGLES ETA ALEMANIAR FILOLOGI SAILA**

TRANSVASES CULTURALES:

LITERATURA

CINE

TRADUCCIÓN

**Eds.: Federico Eguíluz
Raquel Merino
Vickie Olsen
Éterio Pajares**

Edita: FACULTAD DE FILOLOGIA
Dpto. Filología Inglesa y Alemana
Imprime: EVAGRAF, S. Coop. Ltda.
Alibarra, 64 - Vitoria
D. L. VI - 139 - 1994
I.S.B.N. - 84-604-9520-5
Vitoria-Gasteiz 1994

AL ACECHO DE LA TRADUCCIÓN LITERARIA COMO PARADIGMA DE TRANSVASE CULTURAL

Federico EGUÍLUZ ORTIZ DE LATIERRO

Universidad del País Vasco

Al parecer fue Günter Grass el que, en cierta inspirada ocasión, afirmó que traducir es transformarlo todo para que nada cambie. Günter Grass, naturalmente, hablaba como autor ampliamente traducido. Y, evidentemente, al hablar de traducción se refería a la traducción literaria, es decir, a la traducción de Literatura.

No nos sirven aquí complicadas definiciones del hecho literario en sí. Eso lo dejamos por obvio. Literatura somos todos en cuanto formamos parte de ella. Y Literatura es toda la sociedad y toda la cultura que forman parte del entorno literario. El sistema literario y el sistema social —dice André Lefevere¹— están abiertos el uno al otro y uno recibe la influencia del otro. El escritor se inspira de múltiples maneras en la sociedad y ésta, directa o indirectamente, se alimenta de su obra.

Sin embargo, tan sencillo como debería parecer todo, los intermediarios en esa comunicación vital son innumerables. Podríamos decir que en la relación Literatura-Sociedad existen unos controles que la matizan y la dirigen según ciertos convencionalismos o determinadas conveniencias. Desde el punto de vista de la Literatura, es notorio un parámetro de control que funciona para que los sistemas literarios no se alejen demasiado de los demás sistemas que rigen la sociedad. A lo largo de la historia de la Literatura hemos sido muchas veces testigos de las múltiples maldiciones y anatemas caídos sobre los escritores que se apartaron del canon vigente, que se rebelaron contra el control expreso o tácito establecido. Y este control se ha ejercido y se ejerce mediante dos elementos fundamentales: uno interno y otro externo, uno que pertenece inseparablemente al sistema literario y otro que le es aparentemente ajeno. El primero controla el sistema literario desde el interior, si bien dentro de los parámetros establecidos por el segundo elemento. Al primer elemento pertenecen los intérpretes, los críticos, los profesores de Literatura, los traductores. Estos a veces reprimen ciertas obras literarias porque van demasiado llamativamente contra el concepto dominante de lo que debería ser Literatura, o mejor, contra lo que a la Literatura se le debería permitir que fuera; y contra lo que la sociedad debería ser, o mejor, contra lo que a la sociedad se le debería permitir que fuera.

El segundo factor de control, el que opera desde el exterior del sistema literario, es el que Lefevere llama “patronazgo” y está representado por los poderes (tanto personas como instituciones) que promocionan o impiden la producción,

la lectura o la re-escritura de la Literatura. Este elemento de control se interesa más por la ideología de la Literatura que por el arte literario en sí. Y generalmente ocurre que el “patrón” (que pudiera ser un grupo religioso o un partido político, una determinada clase social o un grupo editorial, un gobierno central o un ejecutivo autonómico, por poner algún ejemplo), en el ejercicio de su patronazgo, para disfrazar su influencia, da libertad al escritor en cuanto a creación artística se refiere. Pero sólo en eso. Porque maneja tres elementos de control para ejercer esa influencia: el elemento *ideológico*, que controlará el tema y la forma; el elemento *económico*, que controlará los medios de vida del escritor, bien proporcionándole empleos subsidiarios, encargándole trabajos o pagándole derechos de autor; y, finalmente, el elemento del “*estatus*”, por el que el escritor acepta el patronazgo por ser la vía de alcanzar una forma de vida compartida por una élite que se encuentra en su misma situación².

Pues bien. Si volvemos a las palabras de Günter Grass, es decir, a realizar todo tipo de cambios en la obra literaria para que nada cambie, como traductores deberíamos tener siempre en cuenta los elementos de control que se han ejercido sobre el escritor de la obra literaria original. Y no sólo eso: los que se están ejerciendo sobre nosotros como traductores, como oficiantes de la transformación de la obra literaria para que nada cambie. Cualquier re-escritura de la Literatura -la Traducción entre ellas- se ve presionada por los controles antedichos. El traductor debe integrar el texto original en su propia sociedad, en su propia cultura, en su propio sistema. Y eso no es fácil. Porque ¿cuántas buenas traducciones, en forma de libro, hemos visto que no contengan, al menos, una “introducción”? ¿Cuántas que no tengan todo un ejército de préstamos, calcos y notas explicativas o aclaratorias a pie de página o al final del texto? El traductor deberá sentirse obligado, en primer lugar, ante su propia época y ante su propia sociedad, por lo que los problemas del lenguaje no serán pocos ni pequeños. Porque no debemos olvidar que lo que está haciendo el traductor es pasar una Literatura a otra, la suya, y, según Grass, sin que nada cambie. Tarea harto difícil, pues se trata, en definitiva, de re-escribir la obra original, con lo que el traductor estará “educando a Rita” o actuando como Pygmalion, el rey-escultor chipriota que se enamoró de la estatua de la diosa Afrodita y a la que, según Ovidio en la *Metamorfosis*, la diosa Venus dio vida como respuesta a las plegarias del escultor. Y todo ello si quiere ser fiel al autor original.

Porque si el traductor decide emprender una labor de desprestigio y actuar como lacayo del sistema del patronazgo, creando la imagen de que el escritor en cuestión es trivial, o “popular”, o entretenido simplemente, en ese caso el traductor será el Pygmalion de Tiro, el que en la *Eneida* asesina al marido de su hermana Dido. Afortunadamente, este último caso, y aunque se han levantado algunas denuncias al respecto, ocurre en muy raras ocasiones.

Sin embargo, no todos los estudiosos de la Traducción comparten este velado optimismo. Theo Hermans³ afirma que no es nada nuevo que la posición

que ocupan los Estudios sobre Traducción dentro del estudio de la Literatura es, como mucho, marginal. Los manuales de teoría literaria y las obras de crítica ignoran de manera casi universal el fenómeno de la Traducción literaria. Las historias de la Literatura, incluso aquellas que abarcan más de una literatura nacional, en raras ocasiones hacen otra cosa que una referencia de pasada a la existencia de los textos traducidos. Las instituciones educativas, con su idea de unir el estudio de la lengua y de la literatura siguiendo líneas monolingüísticas, es decir, una sola lengua y una sola literatura a la vez, dan un tratamiento a las traducciones, si lo hacen, que es casi de condescendencia. La idea del genio artístico, la de la originalidad, la de la creatividad, son todas ellas conceptos románticos que han servido para dar apoyo al también concepto romántico de “literatura nacional”, concepto que tolerará la traducción solamente si sirve a propósitos *chauvinistas*. Y aun así, no se habrá alejado el peligro de considerar la traducción como algo de segunda mano, si no de segunda categoría. Y el traductor no será entonces más que un recadero, en el sentido peyorativo, que lleva mensajes, con más o menos acierto o arte, de una Literatura a otra.

No son, tampoco, ajenos a esta idea los propios estudiosos de la Traducción. Muchos de ellos -y muchos de nosotros debemos también confesar nuestra parte de culpa- han malgastado mucho de su tiempo en discusiones del tipo de si son galgos o podencos. “¿Qué es la traducción?”, “¿Cómo hay que definirla?”, “¿Es posible la traducción?”, “¿Qué es una buena traducción?” son preguntas que todos nos hemos hecho reiteradamente y nos ha gustado que otros se las hicieran. Sin embargo, se nos ocurre que sería mejor pensar en dedicarnos a preparar buenos traductores y dejarnos, mientras tanto, de cuestiones tan pedagógicas.

Se ha tratado últimamente de estudiar la Traducción a través de ciencias auxiliares tales como la psicología o la lingüística, incluso la lingüística computacional y la lingüística matemática, utilizando barrocos términos semióticos, decodificando un texto, codificando el otro y olvidando en general la idea básica y fundamental de la multiplicidad del texto literario. En este sentido, se espera con cierto interés el libro de Edwin Gentzler titulado *Contemporary Translation Theories* que Routledge va a publicar en breve y en el que se analizarán y valorarán las cinco posturas más importantes de los últimos treinta años: American translation workshop, “Science of Translation”, Translation Studies, Polysystems Theory y Deconstruction. Pero, si bien esas ciencias antes mencionadas pudieron servir en un principio, al avanzar en su utilización, por una u otra razón, se ha llegado a un verdadero “impasse” en cuanto al estudio de la Traducción se refiere. No es del todo ajeno a esta idea el Premio Cervantes de 1981, el mejicano Octavio Paz. En su obra *Traducción: literatura y literalidad* nos presenta un párrafo revelador. Dice Paz que en los últimos años, y debido quizás al “imperialismo” de la lingüística, se tiende a minimizar la naturaleza claramente literaria de la traducción. “No hay ni puede haber”, dice tajantemente, “una cien-

cia de la traducción, aunque ésta pueda y deba estudiarse científicamente”. Y añade:

Del mismo modo que la literatura es una función especializada del lenguaje, la traducción es una función especializada de la literatura. ¿Y las máquinas que traducen? Cuando esos aparatos logren realmente *traducir*, realizarán una operación literaria; no harán nada distinto a lo que hacen ahora los traductores: literatura. La traducción es una tarea en la que, descontados los indispensables conocimientos lingüísticos, lo decisivo es la iniciativa del traductor, sea éste una máquina “programada” por un hombre o un hombre rodeado de diccionarios⁴.

Cada vez somos más conscientes de que el estudio de la Traducción no puede hacerse de manera aislada. La Traducción actúa en conjunción con otras formas de re-escritura, teniendo en cuenta la teoría literaria e incluso la historia de la Literatura. Pero, además, debe ser estudiada como una parte de todo un sistema de textos, en el que no se puede dejar a un lado a quien los produce, a quien los apoya, a quien los propaga, a quien se opone a ellos, a quien los censura⁵. Con todos estos elementos se puede llevar a cabo el estudio de la Traducción con ciertas posibilidades de éxito. Y ante estas consideraciones, debemos sugerir que este estudio deberá perseguir el establecimiento de un nuevo paradigma, pero sobre la base de una teoría, cuanto más general mejor, y de la mano de la investigación práctica.

Los estudios sobre Traducción parece ser que se han inclinado, en los años 80, a partir de la idea del Formalismo Ruso y del Estructuralismo Checo de la Literatura como sistema. El profesor de la Universidad de Tel Aviv, Itamar Even-Zohar reformula esta idea para declarar la Literatura como un polisistema⁶. Y este polisistema está relacionado a su vez con otros sistemas culturales dentro de las estructuras ideológicas y socioeconómicas de la sociedad, por lo que está dotado de un dinamismo que en ningún momento es mecánico o matemático. Los códigos lingüísticos, literarios y culturales, pues, ejercen con fuerza su presencia en todo lo que se relaciona con la Traducción. Es necesario conocerlos para poder entender la obra literaria y, por lo tanto, para emprender su traducción.

Valentín García Yebra⁷ recalca la idea de que la comprensión de la obra literaria original es el trámite previo del traductor y es uno de los factores decisivos para la traducción. El otro factor es la capacidad expresiva del traductor en su propia lengua. Comprensión y expresión, por lo tanto, son las dos herramientas básicas del traductor. Es necesario añadir que una traducción, al igual que la composición literaria original, es una empresa siempre imperfecta, siempre limitada por los factores que hemos expuesto anteriormente. Pero también hay que decir que siempre es valiosa y que muchas veces alcanza categorías verdaderamente artísticas. Porque es evidente que el traductor ha ejercido un arte al comu-

nicar entre sí una obra literaria original y una obra traducida, al comunicar entre sí a hombres separados por barreras lingüísticas y muchas veces culturales. La lengua de una comunidad lingüística es un elemento de unión entre sus hablantes, pero es a la vez un elemento de separación ante los hablantes de otras lenguas. Aquí podría hacerse patente la vigilancia del “patrón” (léase autoridades culturales de carácter estatal o autonómico) para conducir lo que se traduce a los rediles políticos de los que es responsable. Si uno aprende otra lengua, invade el territorio lingüístico de la comunidad que utiliza esa lengua, traspasa la barrera establecida. Y si, en el caso del traductor, éste traduce, traslada, transvasa o traspasa la obra literaria original a la lengua de su propia comunidad lingüística, es necesario decir que está llevando al otro lado de la barrera lingüística lo que la mayoría de los miembros de su propia comunidad, sin su ayuda, difícilmente podrían llegar a conocer. Con ello está evitando la empobrecedora autarquía, acercando a los miembros de su comunidad tesoros espirituales que antes les estaban vedados⁸. Aunque haya, hoy en día, quien no quiera verlo así. Conozco personalmente el caso de un traductor que ha traducido diez obras a una de las lenguas minoritarias de nuestro entorno y que aún están buscando editor.

Nadie duda, pues, de la enorme importancia de la traducción y, por lo tanto, del traductor. Y sin embargo, el papel de este último sigue siendo el mismo de siempre, el de llevar al otro lado de la barrera lo que resulta inalcanzable para los miembros de su comunidad. Pero hoy con un matiz más: la importancia de esta labor ha aumentado, porque han aumentado las relaciones internacionales. “Nous sommes à l’âge de la traduction” aparece firmado por P. F. Caillé en el nº 1 de *Babel*, el órgano de la Asociación Internacional de Traductores. Por eso está fuera de dudas que se necesitan cada día más y mejores traductores.

Y, evidentemente, los datos que poseemos nos indican que esto se está consiguiendo. Porque, como dijo el Dr. Johnson en el transcurso de un viaje “A blade of grass is a blade of grass, whether in one country or another”. Bien es cierto que existen muchas clases de hierbas, lo mismo que existen muchas clases de lenguas y culturas. El sol para un azteca es distinto que para un egipcio, pero no deja de ser el mismo sol.

De igual forma, las lenguas que tenemos para comunicarnos nos encierran en un entramado de sonidos y significados, convirtiendo a las naciones (o a las regiones lingüísticas) en prisioneras de las lenguas que hablan⁹. De ahí la necesidad de romper con inercias autárquicas y endogámicas. Una cultura no se contaminará por abrir sus puertas, mediante la traducción, a otras culturas. Y si bien es cierto que la traducción suprime las diferencias entre una lengua y otra, también es cierto que las revela con más plenitud, consiguiendo que nos demos cuenta de que nuestros vecinos piensan de un modo distinto y, sobre todo, de un modo que ellos creen que está bien.

Fuera de duda, pues, la importante labor del traductor, no deberíamos terminar sin hacer referencia a algo tan consustancial a la traducción como lo es el

concepto de calidad. El Premio Cervantes de Prensa, el escritor y académico boliviano Jorge Siles Salinas, publicaba el 21 de enero de 1973 un artículo en el periódico ABC, titulado “Traducciones” en el que decía que en las traducciones al castellano era difícil no encontrar un solo párrafo “que no contenga alguna grave deformación del pensamiento del autor”. García Yebra hace referencia a este artículo en uno propio¹⁰, apostillando: “¿qué traducción no podrá superarse?”. Y añade que la traducción no suele atraer, de todas formas, la mirada del crítico, a pesar de que la calidad de la traducción es vital para la obra traducida. Cuando el crítico descende al tema de la traducción “suele despacharlo, sobre la marcha o en brevísimo apéndice a su juicio sobre la obra, con un par de adjetivos triviales o con una fórmula desgastada.”¹¹ En ese mismo sentido, el diario EL PAIS del 26 de agosto de 1986 recogía una carta al director, que firmaba el autor de estas líneas y que voy a permitirme traer aquí, amparado en su brevedad. Bajo el título *Los traductores*, decía:

He leído con gusto la crítica sobre *El gran rostro de piedra* aparecida en EL PAIS del 31 de julio de 1986. Sin embargo creo que convendría aclarar algo: Hawthorne nunca escribió en español. Ha sido preciso ineludiblemente traducir sus obras. Y *alguien* ha tenido que hacerlo. En segundo lugar, Borges, en la Biblioteca de Babel, se ha limitado a seleccionar los títulos y a escribir el prólogo de cada volumen.

Me parece correcto que se hable de un autor del siglo XIX norteamericano. Es bueno hacerlo, sobre todo si aún no ha perdido vigencia y si se trata, como en el caso de Hawthorne, de un escritor universal. Los inciensos a J. L. Borges están muy bien, siempre que el incensador no se distraiga por inercia y reciba un *botafumeirazo* de retroceso.

Pero detrás de toda obra de autor extranjero publicada en España, escriba o no Borges un prólogo de *aliño*, hay con frecuencia un *traductor* que, con mayor o menor habilidad -siempre con mucho trabajo-, ha hecho posible que esa obra pueda ser leída por el gran público y generalmente por el crítico.

La noche intermitente de la cultura española ha hecho que muchas veces sólo se puedan distinguir -aun con toda su belleza- los fuegos fatuos. Pero si al negro se le ocurre atravesar el cementerio, corre el riesgo de que nadie lo vea.

Si Renan afirmaba que una obra no traducida sólo estaba publicada a medias, lo que nos da la importancia que para esa obra significa su traducción, no es menos cierta la importancia de esa traducción para el país que la recibe. En una época y en una situación como la nuestra, en la que las fronteras de todo tipo cada vez tienen menos vigencia, se importa y se exporta de todo, no sólo productos perecederos y bienes de equipo, sino también la cultura. Y esa cultura, en nuestro caso, se importa a través de la traducción. Desconozco las últimas

cifras del *Index Translationum* de la UNESCO referidas a nuestro país, pero si nos basamos en las anteriores, la proporción de obras extranjeras traducidas al español con respecto a las de producción propia no bajará hoy del veinticinco por ciento. La cifra en sí es importante. Y lo es más aún si se tiene en cuenta que estos libros importados sufren ya un control de calidad antes de ser traducidos. Sería, pues, una gran lástima que esa calidad se perdiera por descuidarnos en su traducción. Porque el oficio de traducir es complicado y supone múltiples relaciones y dependencias. Es de nuevo la gran experiencia de Valentín García Yebra la que nos marca las pautas para reconocer al traductor sincero, es decir, al traductor que pone todo su empeño por hacerlo bien: “El traductor -dice¹² - en cuanto tal, es decir, en lo que atañe a su trabajo, depende, en primer lugar, del autor de la obra que traduce, al cual debe fidelidad completa. El traductor adquiere una especie de compromiso de honor, por el que se obliga, con relación a la obra, a no hacer nada contra el deseo ni contra la intención del autor; a representarle con total lealtad ante el público para el que traduce, sin omisiones ni adiciones de su cosecha, diciendo sólo lo que debe decir y todo lo que debe decir, y diciéndolo todo con el mayor decoro posible”.

Estas palabras de García Yebra, que son casi una declaración programática, no estarían completas si no recogiéramos el pensamiento del autor respecto a las dificultades que encierra una traducción. Al expresarlas, vemos ya en ello la propia solución al problema. Las dificultades de toda traducción, especialmente de toda traducción literaria -dice- se pueden reducir a tres categorías: “las inherentes a la disparidad de las lenguas, las imputables a una defectuosa comprensión del original y las condicionadas por la falta de capacidad expresiva del traductor en su propia lengua”. Si el traductor cumple con la declaración programática anterior y vence estos tres escollos, habrá dado un paso importante para vencer al “Big Brother” de los muchos brazos que acecha su labor. Al mismo tiempo su trabajo será reconocido, incluso por los editores, que colocarán su nombre - como por suerte ya se empieza a hacer- en la portada del libro con un tamaño ligeramente inferior al del autor, pues no en vano el traductor es el factor más importante, después del propio autor, para la plasmación de la obra literaria en la lengua a la que se traduce. Esa será la mejor manera de poder desmentir a don José Ortega y Gasset¹³ cuando afirma que “...el traductor suele ser un personaje apocado” y reforzar la visión de la traducción como actividad cultural, creativa y social dentro de un campo en el que se encuentran las diferentes culturas llevadas inevitablemente de la mano del traductor como paradigma de comunicador transcultural.

NOTAS

¹ “Why Waste Our Time in Rewrites?: The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, en *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*, Theo Hermans, ed., (London: Croom Helm, 1985): 215-243. Véase también, del mismo autor, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, editado por Routledge en 1992.

² Clark, P.P. & Clark, T.N.: “Patrons, Publishers and Prizes: The Writer’s Estate in France”, en J. Ben-David & T.N.Clark (eds.), *Culture and Its Creators* (Chicago: Chicago U.P.): 197-225.

³ “Translations Studies and a New Paradigm”, en *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*, op. cit., p. 7.

⁴ Tusquets, 1981, p. 13

⁵ Lefevere, André: op. cit., p. 237.

⁶ Véanse sus obras *Papers in Historical Poetics*, Tel Aviv, Porter Institute for Poetics and Semiotics, 1978; “Polysystem Theory”, *Poetics Today*, i, 1 - 2, Autumn 1979: 287 - 310; y “Translation Theory Today. A Call for Transfer Theory”, *Poetics Today*, ii, 4, Summer-Autumn 1981: 1 - 7.

⁷ *En torno a la traducción*, E. Gredos, Madrid, 1983, pp. 130-131.

⁸ García Yebra, V., Op. cit., p. 10.

⁹ Octavio Paz, Op. cit., p 9.

¹⁰ “Importancia de la Traducción”, *ABC*, 6.3.73, pág. 3 de huecograbado.

¹¹ García Yebra, V., *En torno a la Traducción*, op. cit., p. 332.

¹² “Relaciones entre editores y traductores”, *En torno a la Traducción*, op. cit., p. 353.

¹³ *Miseria y esplendor de la traducción*, Universidad de Granada, 1980, p. 12.